

memoria aquellas patéticas y sentidas coplas de Jorge Manrique:

«¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragon
¿qué se hicieron?
¿Qué fué de tanto galan?
¿Qué fué de tanta invencion
como truxeron?»

»Efectivamente—continúa, copiando al señor Carderera,— tan singulares galas y tan refinado lujo ofrece la estatua del monarca en el manto, ropón y demás arreos cuajados de tantas joyas, que pudiera atribuirse al capricho del escultor esta inusitada riqueza, si no fuera conocido el excesivo lujo que se desplegó en aquella corte, teatro, ora de justas poéticas, ora de bulliciosos placeres y festines» (1). «Con partidos pliegues, perfecta y naturalmente dispuestos, el ropón y manto que cubre la estatua de don Juan II, demuestran, sin género de duda, que el artista los copió de los que el monarca vistiera en días solemnes, y que debían ser de riquísimo y fuerte brocado, enriquecido además con minuciosos aunque artísticos bordados..., labores cuyo principal elemento es el círculo con interiores arcos, á la manera que se encuentran en varias monedas de aquel rey, notándose claramente en las orlas y fimbrias el empleo del aljófar y piedras preciosas, reminiscencia en nuestra patria de prácticas y costumbres bizantinas.— Las ajustadas mangas interiores y las del ropón, así como el cuadrado escote bajo el cual se ve plegada camisa sin cuello, se sujetan unas y otro con lazos terminados por *agujetas* ó *clavetes* que en el original debían ser de oro; y sobre el pecho lleva la estatua magnífico y lujoso collar, que probablemente sería el de la orden de *La razón*, fundada por D. Juan I, según el testimonio de López

(1) *Iconografía española*, ya cit.

de Ayala (1). La lujosa corona de complicada y prolija labor, que cubre la cabeza de la estatua, recordando las que se hallan en las monedas del monarca-poeta, aunque más sencillas, lleva adornado el ancho aro que le sirve de base con la copia, detenidamente hecha, de la pedrería, que debió avalorar aquella regia presea y cubiertos todos los demás perfiles del adorno superior con perlas, notándose en las rosas y flores de los que sirven de remate á los *florones*, la copia también del original que, á no dudar, debió ostentar representaciones de estas mismas flores hechas con piedras *fnas*, montadas al aire por los hábiles plateros castellanos.

»Desgraciadamente, falta en esta bellísima estatua la mano derecha» que hubo de empuñar el cetro, mientras «con la mano izquierda, modelada como toda la estatua, con inteligente estudio del natural, recoge el manto, que cae en ricos y variados pliegues, y en los pies calza redondos chapines de altísima suela, moda que, como apunta acertadamente el Sr. Carderera, parecía propia de las damas en Castilla, pero que según un pasaje» del *Triunfo de las donas* de don Enrique de Villena, «no cabe duda fué también seguida por los hombres (2). La cabeza del rey descansa sobre rico almohadón, con borlas en los cuatro ángulos, bordados formando labores, propias también del estilo ojival, y en los cantos adornos á manera de red de ingeniosa combinación, pero de la misma tradición artística. En todos estos bordados se ve claramente el empleo de las perlas y el aljófar que debió avalorarlas. Contra la general costumbre de la época, nótase que el rostro de esta estatua, lejos de tener

(1) El Sr. Rada y Delgado, á quien copiamos, trata de demostrar con muy eruditas razones, que el indicado collar es el de la orden de *La Razón*; consúltese á este propósito la Monografía que, dedicada al estudio del *Sepulcro de don Juan II en la Cartuja de Miraflores*, publicó en el tomo III del *Museo Esp. de Antigüedades*, págs. 317 y 318.

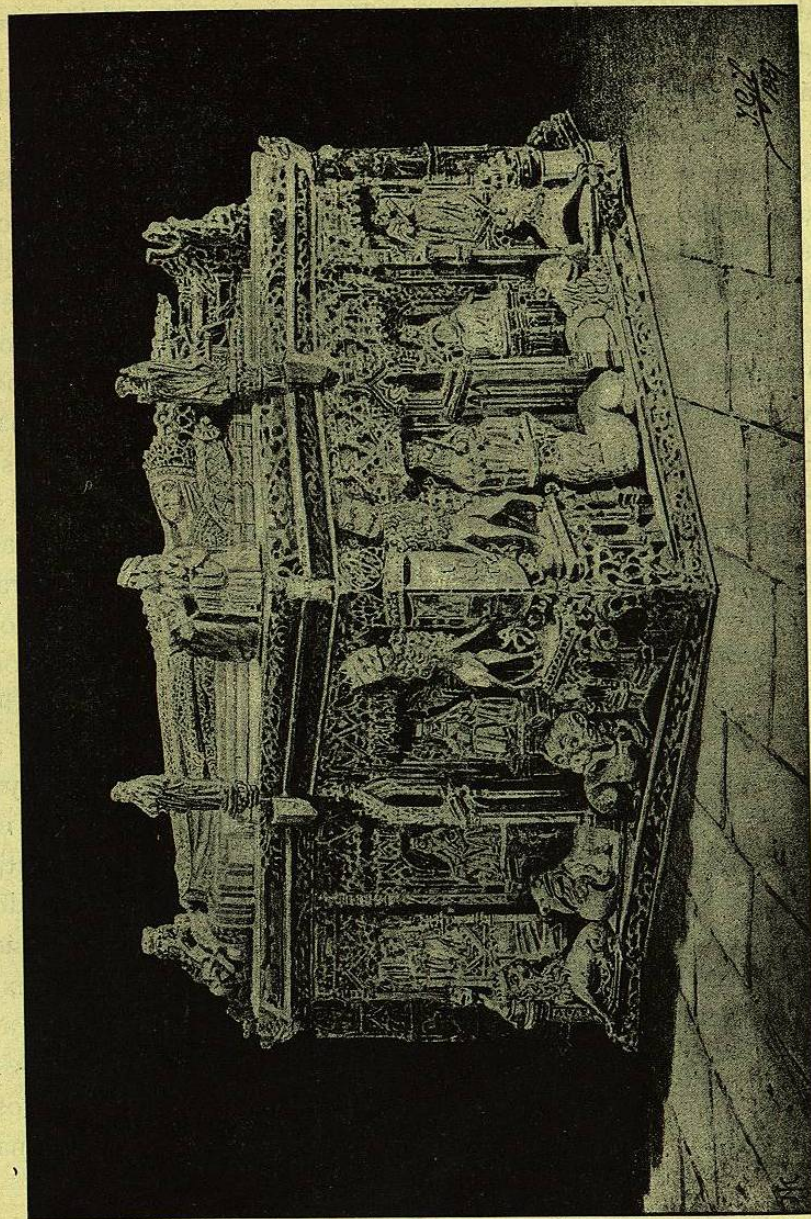
(2) El pasaje citado por el Sr. Rada, dice en efecto: «E cuántos son aquellos que venden sus haciendas por traer ropas brocadas ó feblería, unos de cuerpos non largos, con *altos patines*, etc.»

los ojos cerrados como indicando el eterno sueño de la muerte, los lleva abiertos, cual si hubiera querido indicar el artista, la grandeza de alma con que en el supremo instante de abandonar la vida terrena, miró don Juan II con sereno semblante y ánimo tranquilo, abrirse para él las puertas de la eternidad.

»No menos rica la estatua de doña Isabel, modelada con igual maestría, y ejecutada con el mismo primor y delicadeza, aparece al lado de su marido, «si bien no tendida de espaldas como la de éste, sino algo recostada sobre el brazo izquierdo, vuelta hacia el crucero de la iglesia para que el espectador pueda mejor contemplarla, ó para expresar el pudor y compostura que en ella resplandecieron durante todo el curso de su vida. Ostenta atavíos de igual riqueza y elegancia que su real consorte. Ciñe su cabeza, tocada con sutil y gracioso velo, una corona como la del rey, con altos florones formados de aljófár, perlas y pedrería, así como el magnífico collar labrado con muy donosa traza y artificio, el cual cae sobre la delgada camiseta que vela recatadamente todo el pecho. Además de su ropa larga hasta los pies, trae una sobretúnica ó dalmática más corta, que tal vez pudiéramos llamarla cota ó cotardía, como prenda que debió formar parte de la vestidura real ó de aparato (1) y era equivalente, aunque con alguna variedad en el corte, á la que usaban en aquel siglo las princesas de Francia y las de Navarra, y al *guarda-corps* de las reinas de Aragón. Dos aberturas del regio manto dan salida á las pomposas mangas del vestido talar, quedando abiertas por debajo, aunque á trechos prendidas con tres lazos, cuyos cabos ó *puntas* forman una piña de menudo aljófár; de cada una de estas aberturas ó cuchilladas, cuelga en graciosos y undulantes pliegues la cami-

(1) «Véase á Ducange en la última acepción de esta palabra *cota supertúnica*, *cotardiam*, etc., y Villani, en el lib. III, cap. XIX, la llama *cotardita*, y debe ser equivalente al *guarda-corps* que, según la Ordenación de don Pedro IV, hecha para las reinas de Aragón, debía vestir la esposa de Fernando I cuando se coronó en Zaragoza.—Blancas, *Coronaciones y Juras*, pág. 183»—(Nota del Sr. Rada).

BURGOS



SARCÓFAGOS DE DON JUAN II Y DOÑA ISABEL DE PORTUGAL, SU ESPOSA, EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES

»sa simulada ó verdadera, imitando el fino cendal, gala llevada
 »al exceso en aquel reinado entre las damas y que volvió á po-
 »ner en uso paulatinamente las espaciosas *mangas perdidas*...»
 Hácese sobre toda ponderación notable el magnífico manto de
 la reina, ya por la elegante disposición de los pliegues, ya por
 los primorosos adornos y trepados y por otras sutilezas; «ade-
 »más de las anchas fimbrias llenas de perlas y pedrería, aparece
 »todo él cuajado de exquisitos recamos, formando cuadrilóbeos
 »unidos entre sí y contornados de aljófar con ricos joyeles en
 »los centros, así como en el espacio que dejan los cuadrilóbeos
 »ó rosetones. Sostiene la noble princesa con sus dos manos,
 »cubiertas con guantes y adornadas con sortijas, un devociona-
 »rio abierto y puesto sobre una tela de brocado... Obsérvense
 »por último, los chapines, menos altos que los de su esposo» (1),
 y cubiertos de bordados, y el riquísimo rosario sin cruz que cae
 á lo largo del cuerpo, como si estuviera pendiente de la cintura.

Apacible y sereno aparece el rostro de la estatua, con los
 ojos entreabiertos, y de no menor suntuosidad que el de don
 Juan II es el almohadón sobre que descansa la cabeza, sirviendo
 como límite del lecho funerario, «á la izquierda de la reina y á
 la derecha del rey,... esbeltas y graciosísimas agujas, cuya
 base se apoya en un precioso trepado... subiendo á perderse el
 remate ó pináculo en un preciosísimo doselete que se levanta
 por encima de las cabezas de las estatuas... Como obedeciendo
 á un admirable sentimiento de pudor, y para borrar hasta la más
 lejana idea de impureza en aquel lecho nupcial y fúnebre, ex-
 tiéndese entre ambas estatuas, separándolas, una línea admira-
 blemente calada que remata en preciosa crestería, y á los pies
 de ellas se ven, echados, un león, un galgo y un niño, símbolos
 de la fuerza, de la lealtad y del amor» (2). Grande es la pena

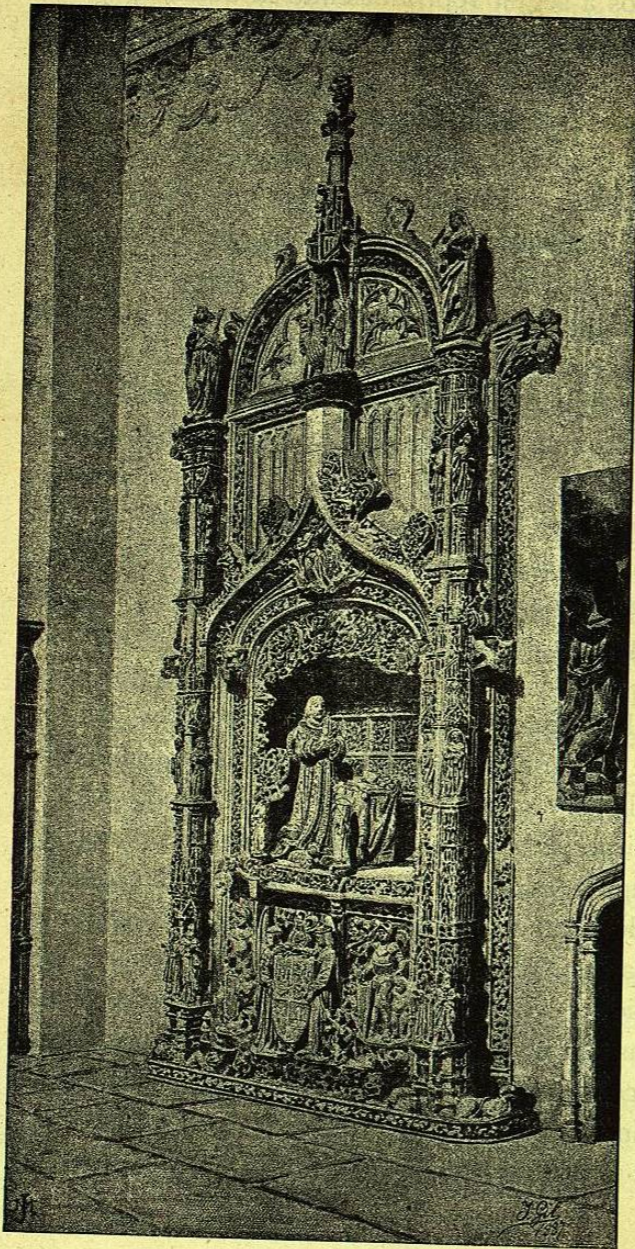
(1) CARDERERA, *Iconografía esp.*

(2) RADA Y DELGADO, *Monogr. cit. del Museo Esp. de Antigüedades*. Pueden los
 lectores saborear el estilo de la descripción en ella hecha con mayor escrúpulo y

con que renunciamos á seguir reproduciendo la detenida y ele-
 gante descripción que continúa haciendo del sarcófago el escri-
 tor á quien hasta aquí hemos seguido, consignando que es tal y
 tan simbólica en todos sus detalles la decoración del cuerpo del
 sepulcro, que sólo la reproducción gráfica del mismo ya que no
 su propia vista, puede dar idea de la riqueza y de la peregrini-
 dad de ideas, de sentimientos y de arte que allí atesoró con
 diestra mano el insigne burgalés Gil de Siloée, por quien fué eje-
 cutada tan incomparable maravilla. No es de extrañar pues, que
 Napoleón I idease, al contemplarla, su traslación á París, pues
 no hay monumento alguno de esta naturaleza que pueda com-
 pararse á los sepulcros de don Juan II y de doña Isabel de Por-
 tugal, su esposa.

Adosado al muro del Évangelio y defendido por artística
 reja, obra del mencionado Fr. Francisco de Salamanca, ostén-
 tase inmediato á la tumba de los reyes, el suntuoso *arco sepul-
 cral* que guarda las cenizas del infante don Alfonso, hermano de
 Isabel I; labrado como aquella en finísimo alabastro por la va-
 liente mano de Gil de Siloée, «aparece cubierto... en los tres
 cuerpos de que se compone, con prolijas labores y primorosísi-
 mos adornos y calados *traflorados con mágico é infatigable cin-
 cel*. El primero sirve de basamento, dividido en tres paneles, y
 enriquecido con figuras de guerreros y el escudo de Castilla y
 de León, sostenido por dos tenantes. Suben á un lado y otro
 altas pilastras, á la manera de los contrafuertes de los templos
 ojivales, subdivididas también en tres cuerpos, con bellísimas
 estatuas sostenidas por caladas repisas y cobijadas por afluja-
 nados doseletes, con la misma riqueza y combinación de agujas
 y trepados que vimos en el sepulcro de los reyes. El nicho den-
 tro del cual se ve la estatua orante del príncipe, está decorado

prolijidad que en la obra del Sr. Arias de Miranda y en la Monografía de los *Mo-
 numentos Arquitectónicos de España*, del Sr. Assas, razón por la cual la hemos
 preferido.



BURGOS.—ARCO SEPULCRAL DEL INFANTE DON ALONSO
EN LA CARTUJA DE MIRAFLORES

por un arco es-
carzano, al que
se sobrepone
otro conopial,
cubierto de fron-
das y lujosa
crestería, sir-
viendo de apo-
yo á esbeltísima
aguja que se
eleva y termina
piramidando en
el centro de esta
admirable com-
posición escul-
tural y arquitec-
tónica; aguja en
cuya base se ve
notable grupo
representando
la Anunciación,
de no menor
mérito artístico
que las estatuas
con que termi-
nan las pilastras
laterales. El fon-
do del nicho en
que se ve la del
infante, aparece
cuajado de la-
bores dentro de
cuadrados com-
partimentos,

dando á conocer la manera de ornamentación, propia de aquella época de regios camarines; y del borde del arco desprende «cual
»graciosas ramas ondulantes de un árbol, ancha franja traflora-
»da, como si fuera rico encaje con primorosos caireles ó lacci-
»nias, que parecen agitadas por los geniecillos allí esculpidos,
»proyectando misteriosa sombra sobre el mismo nicho y parte
»de la estatua.»

»La figura de don Alfonso claramente se comprende que está también copiada del natural, notándose» como indica el Sr. Rada y Delgado, marcadas influencias del nuevo estilo llamado á reemplazar en breve la exuberancia y la prodigalidad de la ojival decadencia, no sólo en la disposición de la figura de don Alfonso, y en el arco que se extiende en la parte superior de toda esta fábrica, sino en el traflorado festón de la ornacina, en la degeneración del grumo convertido en aguja y que descompone en realidad el conjunto, como lo descompone por su parte, á nuestro juicio, el arco sobre el cual destaca el grumo antes enumerado.

»Lleva don Alfonso encima del sayo, ropón de anchas y acuchilladas mangas, que dejan ver las del jubón, adornadas unas y otras como toda la orla del tabardo, de perlas y pedrería. Labores imitando recuadros con bordadas flores de oro sobre fondo de menudo aljófar enriquecen este amplio traje, demostrando no menor riqueza el almohadón sobre que está arrodillada la figura, y el que sobre lujoso tapete que cubre la mesa, recibe abierto el libro de oraciones, y la gorra de pieles adornada con gran joyel de perlas y pedrería, que indicándonos religiosa costumbre de aquella época al entrar en los templos, lleva á la espalda la efigie del infante, sujeta con una banda que pasa por los hombros y cruza el pecho. El pelo cortado en línea recta sobre la frente, cae en larga y blonda melena encima de la espalda; guantes y sobre ellos sortijas, cubren las manos, juntas en actitud de respetuosa súplica; y rodea el pecho ancho collar de caladas labores, de cuyo centro pende larga cadena

acompañada de dos figuras de ángeles que sostienen el medallón final» (1).

No llevarás á mal, lector, después de sentir profundamente la emoción que produce la contemplación de tanta y tan prolija maravilla, que suprimamos en este punto todo comentario del cual habrás tú de encargarte á presencia de las obras con las cuales ejecutoriaba para siempre la Católica Isabel su piedad filial y el amor de los suyos, representados ambos sentimientos en las tumbas de sus padres y de su hermano, é interpretados de tan admirable modo por el maestro Gil de Siloée; y tornando los ojos á la capilla mayor, ya que no hagamos mérito ni del arco del Evangelio, ni de la cornisa que recorre la iglesia, que es producto de los días de Felipe IV, como labrada en 1657 con los marcos de yeso que contienen los lienzos de la Vida y muerte de N. S. Jesucristo, te llamamos la atención, aunque para ti no sea necesario, sobre el grandioso retablo que llena el ábside y sube á confundirse con los cascos de la bóveda, cuyos nervios enriquecen con peregrino efecto caireladas cresterías colgantes,

(1) RADA Y DELGADO, *Monogr. cit.* El diligente autor de los *Apuntes históricos sobre la Cartuja de Miraflores*, hace constar que «tanto el [sepulcro] de los Reyes como el del Infante D. Alonso, su hijo, fueron delineados en el mes de Mayo de 1486 por el acreditado escultor Gil de Siloée vecino de Burgos y padre del célebre escultor y arquitecto Diego de Siloée, que trazó y dirigió la obra de la magnífica Catedral de Granada. Los dos sepulcros se comenzaron á hacer por el mismo Gil el día 23 de Abril de 1489. Aunque son de admirables y muy prolijas labores, sólo tardó en hacerlos cuatro años, cuatro meses y tres días, pues los entregó concluidos perfectamente el día 2 de Agosto de 1493, esto es, el de los Reyes, pues el del Infante ya consta estar acabado el día 11 de Agosto del año anterior, en cuyo día se colocó el cadáver traído de Arévalo. La Reina Católica le dió por la

delineación.	1,486 mrs.
Costó el alabastro.	158,252 »
Se le dió á Gil de Siloée por la obra de manos.	442,667 »
<hr/>	
- Suman las tres partidas.	602,405 mrs.

«El Rey D. Juan 2.º fué depositado en el suyo el día 27 de Julio de 1524 por disposición de su biznieto el Emperador Carlos V. Su segunda esposa la Reina Doña Isabel de Portugal lo fué el día 23 de Febrero de 1505. El Infante á muy poco de haberse concluido» (pág. 145).

semejando, en el gracioso agrupamiento del conjunto, no ya finos encajes, sino cristalizada espuma. Labrado en madera, la riqueza sin embargo de que en él se hace aparatoso alarde, confunde al propio tiempo que fascina, obligando á reconocer en los artistas de aquella edad tal potencia imaginativa aun en medio de sus extravíos, y tal docilidad en el cincel, que no pueden ser en rigor con nada comparadas. Rectangular como todos los de su época, orlado á manera de vistosa bordura por dorado festón de ápices lujosos que en la zona superior se trueca en calada crestería y que recuerda sin dudar las tradiciones mudejares, —levántase gallardo y produciendo singular sorpresa, por la exuberancia decorativa que le forma y por la serie innumerable de las figuras que le llenan, cada una de las cuales podría ser reputada cual modelo de ejecución, por más que proclame en realidad el conjunto del retablo, á despecho y quizás por su misma riqueza, la decadencia del estilo ojival en que se inspira.

Dividido en dos cuerpos principales, en los que se desarrolla distinta composición, ofrécese el primero ó superior recorrido dentro del festón mencionado por otra orla en la que, á guisa de agujas, resaltan levantadas sobre caladas repisas y cobijadas por marquesinas suntuosas, las efigies de cuatro santos por lado, efigies que en el superior aparecen cortando la crestería dentro de sus correspondientes ornacinas y apoyadas por un friso cubierto de resaltada labor, del que pende como un encaje otro de característicos aunque sencillos caireles. Menos confusa que la del retablo de la *Parroquia de San Nicolás*, resalta en el centro de este cuerpo abultada circunferencia como representación de la gloria, formada por ángeles arrodillados y en actitud orante; delante de ella, y contribuyendo á la distribución de los cuadros que en su interior se hacen, destácase colosal Crucifijo, no desprovisto, dada la época, de mérito, y sobre el cual, bajo labrado doselete, posada en el mástil ó árbol de la cruz, como sagrado y expresivo emblema, se alza la figura del pelícano, con las alas